

JAFFE, Catherine M. y LEWIS, Elizabeth Franklin (eds.). *Eve's Enlightenment. Women's Experience in Spain and Spanish America, 1726-1839*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2009.

Bajo el título de *Eve's Enlightenment*, las profesoras Catherine Jaffe y Elizabeth Lewis han coordinado un libro que trata sobre la experiencia de las mujeres en el siglo XVIII y parte del XIX, desde una perspectiva transatlántica y multidisciplinar. Ambas tienen una acreditada trayectoria como investigadoras en el ámbito de los estudios de género, lo que les ha permitido plantear un ambicioso libro desde el punto de vista metodológico y temático.

Quiero empezar felicitando a las editoras por el título tan bonito que han elegido y que condensa alguna de las ideas principales de este libro. La potencia evocadora de la figura bíblica de Eva se justifica por sí misma en un libro dedicado a las mujeres en un entorno en el que la tradición católica había utilizado el simbolismo de su comportamiento pecador para justificar la debilidad moral y la posición de inferioridad de las mujeres. Sin embargo, en el siglo XVIII algunas mujeres, aunque no solo ellas, comenzaron a cuestionar la persistencia de esta imagen, mediante la inversión del modelo negativo en uno positivo, al destacar el valor de su curiosidad intelectual y de su actitud. Era una forma de legitimar y justificar un cambio del papel de la mujer en la sociedad, aunque sin romper aparentemente con la tradición cultural y religiosa. Ahora bien, el conflicto para las mujeres no

sólo se planteó desde la representación habitual que de ellas hacía la religión, ya que buena parte de los pensadores de la época incidieron en la sensibilidad, la belleza o la delicadeza del sexo femenino como atributos que las diferenciaban de los hombres y que definían las relaciones de género, a pesar del discurso sobre el carácter universal de la naturaleza humana.

Así pues, *la Ilustración de Eva* analiza cómo reaccionaron las mujeres a estos desafíos y qué estrategias desarrollaron para modificar las tradicionales relaciones de género. En este sentido, las editoras apuestan por cerrar la brecha existente entre los estudios de género y los análisis sobre las Luces. A pesar de las notables aportaciones que han hecho este tipo de investigaciones en los últimos años, algunas de ellas firmadas por colaboradores de este libro, su integración en los estudios sobre el movimiento ilustrado ha sido muy escasa. Sin embargo, como se señala en la introducción, el conocimiento de los cambios que se produjeron en las relaciones de género a lo largo del siglo XVIII permite una valoración más ajustada del legado cultural de la Ilustración.

Es importante destacar, por otro lado, que los artículos del libro no sólo se centran en aquellas mujeres que adquirieron protagonismo en la esfera pública como escritoras, reinas o artistas, sino que también profundizan en las experiencias de otras menos conocidas o incluso anónimas cuyas vidas, no obstante, se vieron afectadas por los cambios legales, sociales o políticos del siglo. De hecho, buena parte de

los proyectos de reforma, bien fueran médicos, pedagógicos o laborales, estuvieron permeados por la reflexión sobre el papel que debían tener las mujeres en la sociedad o en la familia, aunque con poca frecuencia se ha investigado cómo los recibieron las mujeres, cómo los vivieron o qué pensaban ellas.

Responder a estas cuestiones es, pues, el otro gran objetivo del libro que encierra, además, una importante apuesta metodológica. Centrar el estudio en la experiencia de las mujeres o en las estrategias que desarrollaron para ejercer poder e influencia (para empoderarse, como diría hoy la literatura feminista), implica considerar al sujeto como protagonista de su destino y agente activo del cambio. Las mujeres no se limitaron a ser meras receptoras de un discurso o espectadoras de lo que otros hacían, sino que procuraron aprovechar las oportunidades que un mundo en transformación les abría o poner de manifiesto alguna de las contradicciones que subyacían en la mentalidad ilustrada. Esto implica que la Ilustración no se considera como una especie de superestructura al margen de la experiencia de las personas, sino como un proceso dinámico de cambio cultural e intelectual que impulsó a las sociedades occidentales hacia la modernidad.

Para analizar estos temas, las editoras han reunido a un equipo multidisciplinar de especialistas en estudios de género que desde el arte, la literatura, la historia o la psicología abordan el estudio de diversas facetas de la vida de las mujeres, tanto en la península como en América. El

libro se estructura en tres partes diferenciadas con artículos de tipo general y otros más específicos, pero que pueden leerse de forma complementaria: la irrupción de las mujeres en la República de las Letras, cómo la vida de las mujeres quedó afectada por el desarrollo de las nuevas prácticas sociales y materiales derivadas de los valores ilustrados y, por último, las representaciones literarias y artísticas.

Me gustaría comenzar destacando los artículos de la segunda parte por su originalidad y por la variedad de fuentes utilizadas, que desvelan todo un campo de investigación si se las interpreta bajo una nueva mirada. Así, el ensayo de Rebecca Haidt, que debe de ser una síntesis de su reciente libro titulado *Women, work and clothing in eighteenth-century Spain*, analiza el trabajo cotidiano de las mujeres en el ámbito del vestido y del textil y nos descubre a esposas, mujeres y criadas tomando decisiones de carácter comercial, intercambiando productos, negociando, trabajando dentro y fuera de casa, o yendo y viniendo de un lado para otro. En definitiva, mujeres que actuaban en el ámbito de la economía y que rompían las barreras mentales y teóricas entre lo público y lo privado, ya que tenían que sobrevivir y mantener el hogar, y no se quedaron encerradas a esperar. Como tampoco lo hicieron las protagonistas del artículo de María José de la Pascua, mujeres que por avatares de la vida, ni buscados ni elegidos, se quedaron solas, a pesar de la presión social sobre la dudosa moralidad que implicaba esta decisión. Como mujeres casadas

exprimieron las posibilidades legales del contrato matrimonial para afirmar sus derechos y una vez solas procuraron hacerse dueñas de su destino, sin necesidad de contar con el apoyo masculino. El estudio de la profesora López-Cordón, al igual que el de Haidt, contribuye a cuestionar la visión tradicional de un mundo separado rigidamente en esferas, ámbitos o grupos sociales. Al analizar la sociabilidad de las mujeres de clase alta o aristócratas demuestra el papel que desempeñaron en la transformación de las relaciones de género a finales del siglo XVIII y, sobre todo, cómo esas nuevas pautas permearon la sociedad de arriba hacia abajo, influyendo en las mujeres de las clases populares. En este sentido, su artículo se complementa con el de Janis A. Tomlinson, que cierra la tercera parte sobre las representaciones literarias y artísticas, en el que se estudia la evolución de la imagen de la mujer en las obras de Goya. Argumenta la autora que el pintor percibió y así lo plasmó en sus cuadros, tapices o grabados el cambio que se había producido entre los siglos XVIII y XIX en el papel social de las mujeres y señala la existencia de una influencia inversa, en este caso de abajo hacia arriba, en la construcción de los modelos de feminidad. Por último, el artículo de Beatriz Quintanilla-Madero aborda una disciplina tan importante como es la medicina para la valoración de la difusión del pensamiento racionalista y su aplicación al mundo femenino. A través de *El Mercurio Volante*, el primer periódico sobre cuestiones médicas que se publicó en el Nuevo Mundo entre 1772 y 1773 por el médico

José Ignacio Bartolache y Díaz de Posadas Quintanilla descubre un auténtico tratado sobre la vida de las mujeres de la época (comidas, rutinas, vestimenta) y sobre la actitud de los médicos hacia ellas, al hilo de las consideraciones sobre la enfermedad y más en concreto sobre la histeria femenina. Muestra como las creencias religiosas, que recurrían a explicaciones basadas en la debilidad y falta de carácter de Eva, perdían fuelle frente a las explicaciones científicas. No obstante, y a pesar de los avances, seguía latente la tensión entre religión y proceso de secularización, como también desvela el artículo de Elisa Sampson Vera Tudela sobre las cartas de confesión de la monja mexicana Sor Sebastiana Josefa de la Santísima Trinidad.

Otros cuatro artículos, junto con el de la profesora Sampson, componen la primera parte del volumen sobre la mujer y la República de las Letras. Este fue un ámbito netamente masculino en el que, sin embargo, algunas mujeres consiguieron publicar y hacer oír su voz. Isabel Morant se ocupa del proyecto pedagógico de Josefa Amar y Borbón, una de las escritoras más importantes del siglo XVIII español y que más se preocupó por el conflicto que subyacía entre la realidad que vivían las mujeres y el discurso ilustrado. Mónica Bolufer, por el contrario, incide, desde una perspectiva más general, en las diferentes estrategias que desarrollaron las mujeres para tener presencia en la esfera pública e influencia en la opinión pública. Las escritoras no sólo tuvieron que hacer frente al oprobio masculino por su

irrupción en la República de las Letras, sino que además tuvieron que lidiar con notables tensiones. Como muestra el artículo de Frédérique Morand sobre Sor María Gertrudis de la Cruz Hore y el de María Salgado sobre Margarita Hickey, la primera se hizo eco en sus obras de la enorme distancia que existía entre las promesas optimistas de la Ilustración y las limitaciones que se imponían a su comportamiento moral, y la segunda entre la representación que hacían los poetas del amor y su propia y desesperada experiencia.

En esta misma línea, la tercera y última sección del libro aborda las representaciones literarias y artísticas de las mujeres, y su conexión real o imaginada con su verdadera experiencia. Así, la profesora Lucy Harney analiza la creación de nuevos estereotipos sobre la mujer en Cuba basados en los principios ilustrados sobre la raza y el género, y su posterior utilización en el siglo XIX en el contexto de la construcción de la identidad nacional. La ambivalencia del proyecto ilustrado reaparece en el artículo de la profesora Jaffe, que analiza la imagen que daba la prensa de finales del siglo XVIII de las mujeres lectoras. Sorprendentemente la lectura era considerada una práctica intelectual de menor importancia y desdeñable, lo que revelaba un cierto miedo ante la posibilidad del acceso real de la mujer a la cultura escrita. Para concluir, Ana Rueda estudia la novela sentimental en su artículo, como una forma de inculcar «sentimientos morales» en las mujeres.

En definitiva, *la Ilustración de Eva* es un libro muy bien escrito que se lee

con gran facilidad y, al menos yo, también con la pasión de descubrir nuevos temas, fuentes y líneas de investigación. No obstante, creo que su mayor contribución estriba en señalar la complejidad de eso que llamamos Ilustración a la luz del análisis de la experiencia de las mujeres. Sería un grave error considerar que este libro solo puede interesar a los investigadores en estudios de género o temas de mujeres, ya que, desde mi punto de vista, es imprescindible para todos los investigadores interesados en el siglo XVIII. No puedo dejar de manifestar mi admiración por el trabajo de las editoras y la inteligencia que han demostrado al articular este libro y elegir a los colaboradores.